



Simon Critchley, el jueves en Madrid. INMA FLORES

Tras ahondar en el fútbol o el pop, el filósofo británico Simon Critchley aborda en un ensayo las experiencias espirituales

“Rosalía está articulando algo muy profundo”

SERGIO C. FANJUL
Madrid

Simon Critchley es hijo de un obrero metalúrgico y una peluquera de barrio. Fracaso pronto en el colegio y se metió a trabajar en las fábricas de Hertfordshire, al norte de Londres: a los 14 años una máquina le rebanó la yema de un dedo y a los 18 otra prácticamente le amputó la mano, que consiguieron salvarle. A sus 66, muestra con pesadumbre irónica sus cicatrices. “La fábrica era una mierda”, dice.

Acabó ingresando en una escuela de oficios donde un par de profesores animaron su interés por la lectura. Así aterrizó, a los 22 años, en la Universidad de Essex, donde primero se interesó por la literatura europea y luego por la filosofía continental: su tesis trató la ética de la deconstrucción en Lévinas y Derrida. Ahora vive y trabaja en Nueva York como catedrático en The New School for Social Research y es un pensador reconocido internacionalmente.

Critchley ha bajado al recibidor del hotel con la ropa depor-

tiva de su equipo de fútbol, el Liverpool F.C.. “No me he arreglado demasiado”, dice como un niño travieso. El británico no es un filósofo encerrado en su torre de marfil, sino que, desde la filosofía continental y la alta literatura, ha sabido tratar otros asuntos más terrenales como la música pop o el fútbol, como en los libros *Bowie* (sobre David Bowie) o *En qué pensamos cuando pensamos en fútbol*, ambos en la editorial Sexto Piso: “Estoy convencido de que hay cosas interesantes y complejas en la vida y pasiones de la gente nor-

mal: si escarbas, puedes encontrar grandes cosas”, afirma. Otro de sus temas notables ha sido el suicidio, en *Apuntes sobre el suicidio* (Alpha Decay). De asuntos como estos, que aborda con una escritura clara y plagada de humor, vino a hablar en el ciclo de pensamiento del centro Contemporánea Condeduque.

Esa conexión terrenal quizás también tenga que ver en su militancia en varias bandas de punk en aquellos años duros y grises del thatcherismo, a finales de los setenta, la primera hornada del movimiento de la cresta y la tachuela. Ahora dicen que lo punk es ser de extrema derecha: “Eso es falso”, protesta Critchley, “el punk, para empezar, no era político: los partidos, los sindicatos, los intereses empresariales nos parecían aburridos, puro *statu quo*. El punk era excitante, liberador, nihilista. Pero, eso sí, era definitivamente antirracista: escuchábamos mucha música negra, soul y funk, y muchísimo reggae”. El pensador sigue en la música, en el dúo electrónico Critchley & Simmons.

El misticismo parece referirse a una cosa muy elevada, pero que también ha estado relacionada con la religiosidad más popular, y así lo concibe Critchley en su último ensayo, *Misticismo* (Sexto Piso). “El misticismo es la vida en su forma más intensa, la capacidad de salir de ti mismo y experimentar algo más allá. Algunos lo llaman Dios, otros naturaleza”, expone, mientras ejemplifica con los grandes místicos españoles, Teresa de Ávila o Juan de la Cruz.

Aunque el misticismo no tiene por qué estar vinculado a la religiosidad, sino también a las artes, la música, la literatura, esta ha ayudado: “Provee de un gran archivo de textos que documentan las experiencias místicas, además de una forma de organizar la vida”, concede el filósofo, que está al tanto del “giro místico” en la cultura, encarnado en Rosalía (“vuestra heroína cultural”), pero también en la película *Los domingos*, de Alauda Ruiz de Azúa, o *Sirát*, donde Oliver Laxe vincula la cultura *rave* con el misticismo sufi.

¿A qué se debe este interés por lo místico? “La vida es horrible, es una mierda, y nuestros países parecen estancados”, dice. “La racionalidad ilustrada, abstracta e instrumental, es muy útil para entender el universo o desarrollar políticas públicas, pero ha dejado a las personas perdidas”, añade Critchley, que señala que en las últimas décadas la alternativa a la espiritualidad para la izquierda ha sido el ateísmo puro y duro de Richard Dawkins o Christopher Hitchens, o el interés por lo oriental. “Ahora la gente está cambiando la percepción de sus tradiciones cristianas”, señala el pensador. “Rosalía está articulando algo muy profundo”.

Lo *woke* tiene, a juicio de Critchley, también un símil religioso: “Es la ampliación de la reforma protestante, cuando se combate la autoridad de la Iglesia católica y la religión se convierte en un código moral individual. Las prescripciones morales para cambiar lo equivocado del mundo”, opina.

“El misticismo es la vida en su forma más intensa, lo llames Dios o naturaleza”, afirma

“La clase obrera ahora es más pobre y está desesperada, y desorientada”, dice

“Aunque la juventud ya está dando muestras de fatiga e indiferencia”.

¿Qué pasa hoy con la clase obrera británica? “Donde estaba la fábrica de mi padre ahora hay un centro deportivo. Ya no hay fábricas. Eran trabajos duros, pero aportaban sustento y, sobre todo, dignidad. Ahora la clase obrera está desorientada”, dice Critchley, que achaca el triunfo del Brexit y de Trump a estos procesos de globalización y desindustrialización. “Ahora se puede trabajar en un hotel, con suerte. La clase obrera es más pobre y está desesperada”.

Arrestado en Siria el cineasta que cuestionaba el paradero de fondos para ayuda humanitaria

EL PAÍS / EFE
Madrid / Damasco

Hassan Akkad, un activista y cineasta sirio ganador de un premio BAFTA en 2017, fue arrestado por las autoridades de su país la noche del miércoles en el centro de Damasco. Según dijo a los medios el fiscal general de la capital siria, Hossam Sultan Khat-tab, la detención se debe a que Akkad está siendo investigado por “varias denuncias” en virtud de las “leyes sirias sobre ciberdelincuencia” y los “procedimientos legales se están llevando a cabo bajo supervisión judicial”. La

noticia llega semanas después de que el activista lanzara la campaña satírica *Devuélvanos el dinero que deben*, que cuestiona el paradero de los fondos supuestamente prometidos para ayuda humanitaria, reconstrucción e iniciativas comunitarias en toda Siria tras la caída del régimen en 2024.

La iniciativa del cineasta fue lanzada en abril y apuntaba a personas e instituciones que han anunciado públicamente donaciones o compromisos financieros para la reconstrucción del país. Según un comunicado de dicha campaña, el 4 de junio Akkad fue citado por



Hassan Akkad.

la dirección de Ciberseguridad del Gobierno sirio, y al presentarse el 7 de junio no portaba su teléfono móvil y se le solicitó que regresara con él. Pero el miércoles, mientras se encontraba en una cafetería en el centro de Damasco, acompañado por varios periodistas extranjeros, cinco agentes de seguridad que iban de civil entraron en el local. Según explica la plataforma, los agentes afirmaron ser miembros del Departamento de Seguridad Criminal; sin embargo, no presentaron identificación, documentación ni orden judicial. Las fuerzas de seguridad sirias

no han reaccionado a esta información.

Según medios locales, la principal denuncia por ciberdelincuencia y difamación contra el cineasta fue presentada por el periodista y presentador Moussa al Omar, criticado por Akkad por no haber donado 10.000 dólares (unos 8.700 euros) que había prometido para gobernar la ciudad de Homs. Hechos que el periodista ha negado.

La campaña de recaudación de fondos y de reconstrucción en Siria surgió tras la caída del régimen de Bashar el Asad en diciembre de 2024 y por iniciativa del Gobierno de transición presidido por Ahmed al Shara. Empresarios adinerados, figuras de la diáspora, organizaciones benéficas y locales prometieron su apoyo a las comunidades devastadas por años de guerra.